

San Benito comienza, en sus Reglas para las personas que quieran encontrar a Dios, diciendo: "**ESCUCHA**, hijo (hija), los preceptos del Maestro, e inclina **el oído de tu corazón**; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente." (RB, Prólogo, nº 1)

En el Evangelio de hoy, en lo alto de la montaña, los tres discípulos fueron testigos de un espectáculo deslumbrante cuando Jesús se transfiguró delante de sus ojos, su rostro era tan brillante como el sol y su vestimenta tan radiante como la luz. En medio de esta visión, ellos escucharon la voz de Dios diciéndoles que: "**Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo**".

La Cuaresma es el período de tiempo en que hay que **Escuchar a Jesús**. Yo les diría, que este es quizás el mayor reto de la Cuaresma—**ESCUCCHAR**. Escuchar y oír no son la misma cosa. El de oír es el acto biológico de recibir las señales auditivas que serán ordenadas y procesadas por nuestro cerebro en patrones para decir lenguaje o música. Somos capaces de escuchar cosas por separado o en combinación con otros sonidos. A algunos de estos sonidos les prestamos atención, a otros no los "sintonizamos". **Escuchar**, por otra parte, es un asunto del corazón, una respuesta voluntaria de la mente y del albedrío, una decisión deliberada. El de escuchar demanda una total atención, un enfoque completo el uno al otro, y es como esos vasos en frente del altar, que han sido vaciados de otras preocupaciones. Escuchar demanda silencio, quietud de modo que el otro y yo quiénes deseamos de tener una relación podremos hablar de "corazón a corazón".

Tenemos miedo de escuchar, debido a que demanda silencio y quietud. Culturalmente, estamos condicionados a una constante estimulación, a una constante recepción de estímulos auditivos, a una constante actividad. ¿Cuántos de nosotros, por ejemplo, lo primero que hacemos al levantarnos por la mañana, es de tomar el control remoto para encender la televisión o la radio, o recoger nuestro celular, o *I-Phone*, y leer nuestros correos electrónicos o 'tweets', (¡Que Dios nos perdone si los dejamos apagados mientras estamos dormidos!); o cuando entramos en nuestros vehículos inmediatamente prendemos la radio o poner otro dispositivo auditivo (para algunos, hoy en día, un video) como un disco, o nuestro *MP3* en el salpicadero? Anna Steele, la directora del ministerio de los jóvenes y adolescentes de nuestra parroquia, me ha contado que estos jóvenes y adolescentes se "aterrorizan" cuando vienen a un retiro y se les obliga a entregar todos sus dispositivos de comunicación personales y que son devueltos al final del retiro. Y,

con las observaciones que he hecho, no sólo son los adolescentes los que experimentan este terror de tal "aislamiento".

Jesús y San Benito, junto con numerosos maestros espirituales, todos ellos ensalzan la práctica de escuchar, del silencio y la quietud como un medio para encontrar y ser encontrado por Dios. Escuchar con en acompañamiento del silencio y la quietud abre un espacio para que Dios entre en nuestras vidas, y si se practica fielmente, nos veremos reforzados para poder superar las tentaciones de las muchas voces que escuchamos y que nos lleva lejos de la vida que Dios nos quiere dar. En la historia de la tentación de Jesús, del pasado Domingo, Jesús fue capaz de superar la voz del tentador, que trataba de tentarlo a una vida de materialismo, poder y egocentrismo, porque Él practicaba la disciplina de escuchar a su Padre con el "oído de su corazón", en silenciosa quietud. Los Evangelios nos relatan que Jesús se retiraba con regularidad a lugares en donde podía estar a solas en silencio para escuchar atentamente al Padre. Si nosotros, como Jesús, deseamos desarrollar una relación íntima con Dios, de experimentar una sindical transfigurante unión con Dios, entonces nosotros también debemos abrir espacio para Él. ¡Dios no va a "sobrepasar el sonido" de nuestros ruidos!

En el Miércoles de Ceniza, les hablé que la Cuaresma es un tiempo de "Venir a Jesús" todos los días. La semana pasada se nos dio la oportunidad de seleccionar al menos una forma de practicar oraciones que nos asistirán en poder abrir un espacio para que Dios entre en nuestra vidas diarias. Les reitero mi deseo, de que todos podremos encontrar al menos cinco minutos cada día para "apagar" todo ese ruido que oímos, de poder aquietarnos y "sintonizarnos" al escuchar en silencio a Dios quién nos ha amado en Jesús. Escuchar al principio puede dar miedo, porque cuando llegamos a ser silenciosos y quietos, confrontaremos el verdadero ser real que somos, no la imagen que tratamos de crear con nuestro ruido interno y externo. Si vamos más profundamente adentro, veremos que seremos confrontados por Jesús como realmente es él, no la imagen que hayamos creado de él para mantenernos a distancia de él. Entonces, estamos siendo confrontados para el llamado del Evangelio de vivir su mensaje: de amar a nuestros enemigos, de ser pacifistas, de proclamar la libertad de cautivos, de liberar los oprimidos, de ver y actuar como Dios actúa y lo ve, y no como la cultura o ideología política que nos quieren hacerlos ver o actuar de su manera. Sin embargo, si tomamos el riesgo de escuchar, y permanecer fiel a su disciplina, se nos promete que nuestras vidas también serán transfiguradas, y algún día podremos ser vestidos en la gloria que brilla para nosotros en Jesús. **¡ESCÚCHENLO!**

Padre Jim Secora